

*Louise May Flooty*

# MUJERCITAS



PUBLICACION



JUVENIL











© 1962 by Western Publishing International, S. A., Geneva. Published by Editorial Fher, S. A. by arrangement with Western Publishing International (W. P. I.), Geneva.



Vol. No. 5759



EDITORIAL FHER, S. A.  
Coroñita, 44 - Bilbao (España)

Num. Registro: 9.980-68  
Depósito legal: BI 1.082-75

Impreso en 1970 en el Taller de Editorial Fher, S. A. Calle Villanov, 44 - BILBAO - ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

ISBN - 84-243-0009-2



818.41

M

1972



L.-M. Alcott

# MUJERCITAS









## El juego del peregrino

NAVIDAD sin regalos, no puede ser Navidad —se lamentó ásperamente Jo, tendida en la alfombra.

—¡Qué horrible cosa es la pobreza! —suspiró Meg acariciando su viejo vestido.

—Es injusto que ciertas muchachas tengan en abundancia los más preciosos dones y otras no tengan nada —protestó Amy amargamente.

—Tenemos un padre y una madre y tres hermanas cada una —dijo Beth desde su rincón.

A la luz del alegre fuego del hogar hubo unos relámpagos de júbilo en los juveniles rostros, que pronto se entristecieron cuando Jo observó:

—Papá no está aquí y quizá tarde mucho en volver a casa.

Tras una dolorosa pausa en la que las muchachitas recordaron al padre querido que luchaba en la guerra, fue Meg la que rompió el silencio con temblorosa voz:



—Ya sabéis por qué mamá nos ha propuesto renunciar a nuestros regalos de Navidad este año; el invierno se presenta muy duro para todos y dice que no es cristiano hacer gastos inútiles cuando nuestros hombres sufren en el frente. Nosotras no podremos ayudarles mucho, pero debemos hacer pequeños sacrificios..., aunque yo tengo miedo de no poder hacerlos...

Y la joven inclinó su cabeza, evocando melancólicamente todas las cosas bonitas que la hacían soñar.

—No creo que con el dólar que tenemos cada una podamos hacer gran cosa por nuestro ejército. Me conformo con que no me regaléis nada ni mamá ni vosotras, a cambio de que pueda comprar “Undin y Sintram” —declaró Jo, que era una verdadera ratita de biblioteca.

—Yo tenía la intención de comprar un poco de música —dijo Beth, pero tan bajito, que sólo la oyeron la alfombra de la chimenea y el soporte de la caldera.

—Yo compraría una caja de pinturas, pues tengo verdadera necesidad de ella —afirmó Amy.

—Mamá no ha hablado de nuestro dinero y no puede querer que renunciemos a todo... Compraremos cada una lo que nos plazca, pues hemos trabajado mucho para lograrlo —afirmó Jo, golpeando tacón contra tacón, en un gesto poco femenino.

—Por lo que me concierne, creo que tengo algún derecho —indicó en tono lastimero Meg, que era institutriz—. ¡Bata-llar todo el día con esos niños es algo insoportable!

—Tu trabajo no es ni la mitad de penoso que el mío —replicó Jo, señorita de compañía de una tía de irascible carácter—. Esa caprichosa señora no me deja descansar un momento.

—Todos los trabajos son desagradables, pero creo que lavar la vajilla y tener la casa en orden es uno de los peores

que hay en el mundo. Me aburro terriblemente y mis dedos quedan tan estropeados, que apenas puedo tocar el piano —dijo Beth, contemplando sus manos y lanzando un profundo suspiro.

—Pues yo os aseguro que ninguna de vosotras me iguala en sufrimientos —gritó Amy—, porque no tenéis que estar en clase con estúpidas niñas que ríen si no sabéis la lección, se mofan de vuestros vestidos, “rotulan” a vuestro padre por no ser rico y os insultan si tenéis un pequeño defecto en la nariz...

—No confundas “injurian” con “rotulan”, como si papá fuera un frasco de pepinillos —advirtió Jo, riendo con ganas.

—Sé lo que digo y no tienes por qué mofarte de mí. No hago más que escoger mis vocablos y enriquecer tu vocabulario —replicó dignamente Amy.

—¡No disputéis, queridas! Jo, ¿no quisieras tener ahora el dinero que perdió papá cuando éramos pequeñas? Viviríamos felices y libres de preocupaciones —dijo Meg, que por ser mayor, recordaba mejor los tiempos dichosos.

—Sin embargo, tú has dicho el otro día que nosotros somos más felices que los hijos de un rey, que siempre están atormentados a pesar de los tesoros que poseen.

—Es cierto, Beth. Yo creo que, no obstante nuestros trabajos, vivimos deliciosos momentos. Como diría Jo: ¡nuestro pequeño grupo es rudamente feliz!

—Jo emplea palabras muy vulgares —sentenció Amy, lanzando una mirada severa sobre la figura tendida en la alfombra.

Jo se sentó de un brinco, metió las manos en sus bolsillos y comenzó a silbar.

—¡Calla, Jo! ¡No querrás parecerte a un chico!

—¡Para eso lo hago!

—Detesto a las jóvenes mal educadas que parecen muchachos.

—Y yo aborrezco a las niñas vanidosas y fatuas.





—“Los pajaritos están siempre de acuerdo en sus nidos” —recitó Beth, la pacificadora, con un gesto tan cómico, que las dos hermanas en querrela rompieron a reír, poniendo fin así al incidente.

—En realidad, pequeñas, las dos merecís una reprimenda —dijo Meg en su papel de hermana mayor—. Josefina, ya eres bastante mayor para emplear esas maneras de colegial. Tu estatura y la forma de peinarte debieran convencerte de que eres una muchacha...

—¡No lo soy! Y si es por el moño, me arreglaré el pelo en dos trenzas hasta que tenga veinte años —gritó Jo, despojándose de su redecilla y dejando caer sobre sus hombros la bella y abundante cabellera—. No quiero pensar en ser la señorita March y vestir faldas largas. No puedo acostumbrarme a la desgracia de ser mujer, cuando me muero de ganas por ir a combatir al lado de papá, en lugar de encerrarme en casa a tricotar como una anciana señora que chochea.

Y Jo sacudió el calcetín de lana azul destinado a un soldado, haciendo sonar las agujas como si fueran castañuelas y obligando a la bola de lana a salir rebotada por la habitación.

—¡Pobre Jo! ¡Qué lástima! Confórmate con dar a tu nombre un ligero aire masculino y con ser un hermano para nosotras —dijo Beth, ensortijando la cabeza desmelenada de la



rebelde, posada sobre sus rodillas, con una mano que todas las vajillas del mundo no podrían impedir que fuese infinitamente dulce y acariciadora.

—En cuanto a ti, Amy —continuó Meg—, eres a la vez susceptible y vanidosa. Por el momento haces gracia, mas, si no te corriges, te convertirás en una tonta poseída. La retahíla de expresiones absurdas que empleas, no son mejores que la fea jerga de Jo.

—Si Jo es un chico y Amy una tonta, ¿quieres decirme qué soy yo? —preguntó Beth, dispuesta a aceptar la lección.

—Tú eres un amorcito y nada más —respondió Meg con ternura, sin que nadie se lo discutiera, pues la “ratoncita” era la niña mimada de toda la familia.

El antiguo reloj dio en aquellos momentos las seis y Beth, levantándose con presteza, colocó un par de zapatillas ante el fuego, con objeto de que se fueran calentando.

Meg interrumpió su lectura y encendió la lámpara. Amy se levantó del sillón sin que se lo pidieran y Jo olvidó su terrible fatiga para fijarse en las zapatillas.

—¡Qué estropeadas están! ¡Tenemos que comprar unas nuevas!

—Yo había pensado regalarle un par con mi dólar —dijo Beth.



—¡No! ¡Lo haré yo! —exclamó firmemente Amy.

—¡Soy la mayor y...! —comenzó Meg.

—¡Seré yo quien compre las zapatillas! —interrumpió bruscamente Jo—. Ahora que papá no está en casa, soy yo el jefe de la familia. Además me confió a mí todo lo referente a mamá.

—¡Yo os diré lo que podemos hacer! —propuso Beth—. Le ofreceremos cada una un regalo de Navidad y olvidaremos nuestros proyectos personales.

—¡Una idea digna de ti, querida! —exclamó Jo—. ¿Qué compraremos?

Cada hermana reflexionó un instante. Luego, inspirada seguramente por sus bien cuidadas manos, Meg anunció:

—Yo le regalaré un precioso par de guantes.

—Pues yo, un fuerte par de zapatos militares —decidió Jo con entusiasmo.

—Mi regalo consistirá en algunos pañuelos bordados —confesó Beth.

—Yo le compraré un frasquito de agua de colonia —concluyó Amy—. Aún me quedará un poco de dinero para mí...

—¿Y cómo le ofreceremos todo eso? —preguntó Meg.

—Lo prepararemos sobre la mesa y luego procuraremos salir y mirar por una rendija para verla deshacer los paquetes.

—Le haremos creer a mamá que los regalos son para nosotras y se llevará una gran sorpresa. Mañana en la tarde iremos de compras... Pero ¡silencio! ¡Ya está aquí!

La puerta se abrió y, con el mismo impulso, las cuatro conspiradoras se arrojaron en brazos de la recién llegada.

Esta última, dulce y maternal, poseía un encanto infinito. No llevaba vestidos elegantes, mas para sus hijas, la capa gris y el sombrerito pasado de moda recubrían a la más deliciosa madre del mundo.

—¡Bien, queridas! ¿Qué habéis hecho hoy? Yo he tenido

tanto trabajo para que todos los paquetes pudieran salir mañana, que apenas he podido comer. ¿Han venido visitas, Beth? ¿Cómo va tu costipado, Meg? Jo, pareces mortalmente fatigada... ¡Ven a mis brazos, chiquitina!

Nadie se libraba así de su maternal curiosidad. La señora March se despojó de sus humildes vestidos, escurrió sus pies en las cálidas zapatillas y se sentó en el sillón, colocando a Amy sobre sus rodillas. ¡Iba a gozar de la hora más dulce de su dura jornada!

Las jovencitas, contentas y sonrientes, se esforzaban en hacer las cosas lo mejor posible, cada una a su manera. Meg preparaba la mesa; Jo traía madera, colocaba las sillas en su sitio y... hacía bascular ruidosamente todo lo que tocaba; Beth, tranquila y afanosa, iba y venía del salón a la cocina; Amy, sentada y con los brazos cruzados, regalaba sus consejos a todas.

Cuando se instalaron las cinco alrededor de la mesa, la señora March les dijo con expresión de júbilo:

—Tengo una hermosa sorpresa para vosotras...

Como si aquellas palabras hubieran sido rayos de sol, los juveniles rostros se iluminaron con una sonrisa de felicidad. Beth comenzó a aplaudir sin cuidarse del bizcocho que tenía en las manos y Jo lanzó al aire su servilleta, gritando:

—¡Una carta! ¡es una carta! ¡Tres hurras por papá!

Luego todas guardaron silencio mientras que la señora March desplegaba la misiva del ausente.

En aquellas líneas, el padre de las muchachas no hablaba de privaciones soportadas, ni de los tormentos y calamidades propios de la guerra. Era una carta alegre y llena de esperanza y confianza en Dios.

“El año que hace que no os veo, a todos se nos ha hecho muy largo, mas recordad que el trabajo debe llenar esta ausencia para que alejemos estos días ingratos. Sé que mis hijas no



olvidan nada de lo que les digo, que serán unas niñas amantes de su madre, cumplirán fielmente sus deberes, combatirán con coraje sus defectos y dominarán sus caprichos. De esta forma, cuando yo regrese, estaré más orgulloso que nunca de mis cuatro mujercitas.”

Estos párrafos finalizaron con un suspiro general. Hasta Jo olvidaba que tenía que avergonzarse por la lágrima que había rodado hasta el borde de su nariz y Amy, sin cuidarse de deshacer sus bucles, ocultó su cara en un hombro de su madre, gimiendo a través de sus lágrimas:

—¡Sólo soy una egoísta! Desde mañana seré mejor...

—¡Lo seremos todas —interrumpió Meg—. Por pensar en mi arreglo personal, he detestado el trabajo...

—Yo trataré de ser lo que él dice: una verdadera mujercita y no un chico. Cumpliré mi deber aquí, en lugar de soñar con otros lugares —prometió Jo con firmeza.

En cuanto a Beth, decidió con su apacible carácter que ella sería exactamente lo que papá quisiera el día feliz de su regreso.

La señora March rompió el silencio que había seguido a las últimas palabras, diciendo con su voz cálida:

—¿Recordáis el juego del Viaje del Peregrino, que tanto os gustaba cuando erais pequeñas? Nada os divertía más que ataros aquellos viejos sacos; yo os daba sombreros, bastones y rollos de papel y vosotras recorríais toda la casa, después la bodega que era la Ciudad de Destrucción, luego subíais a la buhardilla donde guardabais todas vuestras cosas bonitas... ¡Por eso la llamabais la Ciudad Celestial!

—Era muy divertido —dijo Jo—. Sobre todo cuando nos seguían los leones que combatía Apollyon, el ángel malo.

—Yo sólo me acuerdo que tenía mucho miedo de bajar a la bodega y que encontraba muy buenos los pasteles y la leche que había en la buhardilla. Si ya no fuera demasiado ma-

yor para esos juegos, volvería a comenzar ahora —declaró Amy, la cual, desde la altura de sus doce años, renunciaba a los placeres de la infancia.

—¡Nunca somos demasiado viejos para ese juego, querida! A él jugamos siempre de una manera o de otra. Pesan las cargas sobre nuestras espaldas, tenemos el largo camino ante nosotros... Sólo las buenas obras nos guiarán, a través de tristezas y penas, a la única paz, a la verdadera Ciudad Celestial. Ahora, mis pequeñas peregrinas, suponed que comenzáis, no por juego, mas sí por bondad, el camino que ha de llevaros a aquel lugar maravilloso.

—Sí. Hoy estábamos en el Foso del Desaliento y mamá ha venido a sacarnos, como hace la Gracia en el libro. Ahora nos hace falta una guía para caminar como cristianas... ¿Qué debemos hacer? —preguntó Jo, seducida por aquella forma de poner un poco de poesía en los duros deberes terrenales.

—Mirad bajo vuestras almohadas la mañana de Navidad, y encontraréis la mejor guía —replicó la señora March.







## Alegre Navidad

Jo se despertó la primera aquella mañana gris de Navidad. De la chimenea no pendía ningún par de medias y por un instante la muchacha se sintió profundamente desilusionada, recordando los años pasados, cuando hallaba su calcetín en el suelo, desprendido por el peso de los regalos. En aquel momento recordó la recomendación maternal; introdujo su mano bajo la almohada y la retiró con un pequeño libro forrado de rojo. ¡Oh! Lo conocía muy bien... Se trataba de la antigua y bella historia de la más hermosa de las existencias. ¡La vida de Jesús! Jo comprendió que aquélla era verdaderamente la única guía para todo peregrino que avanza por el largo camino de la vida. Entonces despertó a Meg felicitándola las Pascuas y rogándola que mirara bajo su almohada. Aquel librito estaba forrado de verde, pero el contenido era el mismo e iguales las palabras escritas por mamá.

Beth y Amy se despertaron al mismo tiempo. El libro de la primera era gris y el otro azul.

—Queridas mías —dijo la hermana mayor, mientras sus miradas iban de la revuelta cabeza que tenía a su lado a los dos gorritos blancos que aparecían un poco más lejos—, mamá quiere que leamos estos libros y meditemos sobre ellos. Vamos a comenzar ahora mismo.

Y abriendo el volumen, comenzó su lectura. Jo rodeó el libro con sus brazos, apoyó su mejilla en el hombro de Meg e inició la lectura con tranquila expresión, cosa excepcional en la inquieta muchacha.

—Ven aquí, Amy —murmuró Beth—. Te ayudaré en las palabras difíciles.

—Estoy muy contenta de que mi libro sea azul —opinó Amy.

Pronto reinó en las habitaciones un total silencio, turbado sólo por el ruido de las páginas al ser vueltas. El sol de invierno se deslizó poco a poco en el interior rozando apenas las brillantes cabelleras y los rostros juveniles.

Media hora después, las cuatro hijas entraron en la habitación de su madre para desearle felices navidades y entregarle los regalos. La señora March, sorprendida y emocionada a la vez, abrazó a las niñas con los ojos llenos de lágrimas.

Hubo muchas risas, besos y explicaciones, todo ello en un grato ambiente que las traía recuerdos enternecedores.

Después las muchachas se fueron a vestir. Cuando bajaron al comedor, cerca del mediodía, se detuvieron estupefactas en el umbral. Estaban convencidas que mamá habría preparado alguna modesta sorpresa, pero jamás habían visto una mesa tan surtida desde los días lejanos de abundancia. Allí había helados, rosas y blancos, pasteles, frutas, bombones y... como en un sueño, cuatro ramos de flores de invierno.

Las cuatro hermanas se quedaron sin respiración; sus miradas iban de la mesa a su madre, que se mostraba intensamente dichosa.



—¿Es un regalo de las hadas? —preguntó Amy.

—¿San Nicolás, quizá? —apuntó Beth.

—¡Ha sido mamá! —puntualizó Meg, sonriendo encantadora y cariñosamente.

—¡Tía March en un alarde de generosidad! —gritó Jo, repentinamente inspirada.

—Ninguna ha acertado —aclaró la señora—. El anciano señor Laurence es quien ha enviado todo esto.

—¿El abuelo del joven Laurence? —gritó Meg—. ¿Y quién le ha podido meter esa idea en la cabeza? No le conocemos...

—He visto a ese muchacho —dijo Jo—. Viven en la casa vecina a la nuestra. Algunas veces he deseado trabar amistad con él, pues le veo siempre solo.

—Ahora tendréis ocasión de hacerlo —dijo la señora March—. El señor Laurence conoció hace mucho tiempo a mi padre y esta mañana me ha enviado una amable nota rogándome que le permitiera manifestar su amistad a mis hijas enviándolas algunas pequeñeces. No podía rehusar... Su propio nieto ha traído las flores. De todas formas, vosotras mismas podéis agradecerle su atención, pues ha llegado una invitación del señor Gardiner en la que invita a Meg y Jo a un baile. Allí encontraréis al joven Laurence.

Aquello provocó una explosión de júbilo. Una vez concluido el delicioso festín, las dos muchachas corrieron a vestirse, seguidas de sus hermanas, que debían representar el importante papel de doncellas.

—¿Qué nos ponemos? —preguntó Meg.

—No hay necesidad de atormentarnos con esa duda, puesto que sabes que sólo tenemos dos vestidos de muselina... Uno para cada una, claro —respondió Jo.

—Ahora me gustaría tener un vestido de seda —suspiró Meg.







—¡Bueno! —lo arregló Jo— ¡Estoy segura de que nuestra muselina parecerá seda! Los dos son muy bonitos. El tuyo es más nuevo que... ¡Oh! ¡Había olvidado la quemadura y el desgarrón que tiene el mío! ¿Qué haré? La quemadura se destaca terriblemente y es imposible repararla...

—Permanecerás tranquila y con la espalda contra la pared. La delantera está perfecta. Me pondré una cinta nueva en el pelo y mamá me prestará su broche de perlitas; mis nuevos zapatos son encantadores y los guantes no están mal, aunque no sean todo lo bonitos que yo quisiera.

—Los míos están manchados de limonada y los dejaré en casa —sentenció Jo, a la que los adornos no le preocupaban.

—¡Si vas sin guantes, no asistiré a ese baile! —exclamó Meg impetuosamente—. Los guantes son imprescindibles para bailar, y si tú no bailas...

—Estaré sentada. No pienso bailar. Es muy poco divertido dar innumerables y lentas vueltas al salón. A mí sólo me gustan las cabriolas y los trenzados.

—Pero, ¿tan mal están tus guantes? —preguntó Meg.

—¡Bueno! Los llevaré y los tendré dentro de mi mano cerrada. ¡Es todo lo que puedo hacer! ¡No! ¡Tengo una idea! Me dejas un guante y yo te dejo uno mío. Tendremos uno puesto y...

—¡No! Tus manos son más grandes y le darás de sí...

—¡Basta! ¡Ya me arreglaré! ¡Me río de la ajena opinión!

—Procura no mancharlos más y mantenlos de forma elegante. No pongas las manos a la espalda, ni mires fijamente a nadie, ni exclames “¡Por Cristóbal Colón!”.

A pesar de la simplicidad de los vestidos, hubo muchas idas y venidas arriba y abajo de la casa, risas y animadas discusiones. De pronto, un penetrante olor de cabellos quemados se esparció por el edificio. Meg decidió enmarcar su rostro en graciosos bucles y Jo comenzó a envolver los cabellos de su

hermana en rizadores, valiéndose de unas tenacillas demasiado calientes.

—¿Este olor es natural? —preguntó Beth, desde su lecho.

—¡Qué curioso! —observó Amy, acariciando sus bucles con aire superior— ¡Huele a plumas quemadas!

—Ahora voy a retirar los papelillos y te hallarás con una nube de preciosos bucles —afirmó Jo dejando el hierro.

Quitó en efecto los rizadores, pero... ¡horror! En lugar de una nube de bucles... los cabellos siguieron al papel y el peluquero improvisado dejó una serie de paquetitos negros sobre la mesa que había servido de tocador.

—¡Oh! ¿Qué has hecho? —gimió Meg, contemplando desesperada la franja desigual que cubría su frente—. ¡Estoy horrorosa! ¡No puedo salir así! ¡Oh! ¡Mis pobres cabellos!

—¡No hago más que tonterías! —exclamó Jo desolada—. ¡Las tenacillas estaban muy calientes!

—¡Eso no tiene importancia! —dijo Amy, queriendo consolarlas—. Rízale un poco las puntas y ata una cinta de manera que el nudo se halle justamente sobre la frente. De esa forma irás a la última moda, pues yo he visto muchas chicas así.

¡He pagado bien cara mi coquetería! —se lamentó Meg—. ¡Si hubiera dejado mis cabellos tranquilos!

—Hubiera sido preferible —dijo Beth, viniendo a abrazar a la pobre ovejita esquilada—. Tu pelo es suave y hermoso. Pero todo se arreglará. Ten confianza.

Tras de aquellos pequeños e inevitables incidentes, Jo estuvo al fin dispuesta y gracias a los esfuerzos reunidos de toda la familia, los cabellos de Meg fueron peinados convenientemente y su arreglo quedó terminado.

Salieron de casa un poco acobardadas pues las buenas muchachas raramente asistían a actos mundanos y aunque aquella reunión se iba a celebrar sin ninguna ceremonia, para las dos hermanas significaba un acontecimiento. La señora Gardiner,





una anciana de majestuosa presencia, las acogió amablemente y las confió a la mayor de sus seis hijas. Meg conocía a Sallie y pronto se halló tranquila a su lado, pero Jo, a la cual interesaban muy poco compañías ni charlas femeninas quedó con la espalda apoyada cuidadosamente contra una pared, casi con el aire de un joven potro en un jardín de flores.

Media docena de muchachos discutían de patinaje en un rincón del salón y Jo sintió fuertes deseos de mezclarse con ellos, ya que aquel deporte era una de las grandes alegrías de su vida. Telegrafió sus proyectos a Meg, pero las cejas de ésta se elevaron con tanta alarma, que la pobre Jo no hizo ningún movimiento. Pronto el grupo de muchachos se dispersó y la joven se encontró sola. No podía andar por el salón, pues se vería la quemadura del vestido. Tenía que estar allí contemplando a los unos y a los otros. Vio como Meg era invitada a bailar y cómo se deslizaba ligera y alegre, sin que nadie



podiera sospechar lo que la estaban haciendo sufrir sus estrechos zapatos. De pronto Jo vio a un muchacho de cabellos rojos que se dirigía hacia ella, con ánimo sin duda de invitarla a bailar. Entonces la jovencita se deslizó tras unas pesadas colgaduras con la intención de contemplar la sala sin ser vista y de distraerse así sin ningún sobresalto. Desgraciadamente un invitado más tímido que ella ya había buscado allí refugio. Cuando Jo dejó caer la cortina, se encontró cara a cara con el joven Laurence.

—¡Dios mío! ¡Ignoraba que había alguien en este rincón! —balbuceó la muchacha disponiéndose a retirarse con la misma prisa que había empleado para llegar hasta allí.

Pero el muchacho, aunque un poco sorprendido, comenzó a reír y dijo amablemente:

—¡No tiene importancia! Puede quedarse si lo desea.

—¿No le molestaré?

—¡Por nada del mundo! Me he refugiado aquí simplemente porque no conozco a nadie y me sentía perdido en la multitud.

—Precisamente es lo que me ocurre a mí. No se marche, a menos que lo desee.

El joven se sentó de nuevo y estuvo un largo rato contemplando las punteras de sus charolados zapatos.

—Creo que tengo el placer de conocerle —dijo al fin Jo en un alarde de cortesía—. ¿No es usted nuestro vecino?

—Sí, el más cercano —contestó el muchacho riendo a carcajadas, pues las maneras ceremoniosas de Jo formaban un divertido contraste con sus gestos despreocupados cuando pasaba por la calle con sus hermanas.

Aquello fue suficiente para devolver toda la confianza a Jo, que se unió al instante a aquellas risas. Luego dijo:

—¡Hemos pasado una deliciosa Navidad con su regalo!

—Mi abuelo fue el autor.



—Pero usted quien le dio le idea, señor Laurence...

—Laurence no; Laurie que es más corto.

—¡Laurie Laurence! ¡Qué curioso nombre!

—Mi verdadero nombre es Theodore, pero lo detesto porque mis amigos me llamaban Dora. Entonces les obligué a llamarme Laurie.

—Mi nombre también es horroroso; es... demasiado romántico. ¡Quisiera que todo el mundo me llamara Jo en lugar de Josefina! ¿Cómo se las arregló para que sus amigos no le siguieran llamando Dora?

—¡Zurrándoles!

—¡Oh! Pero yo no puedo zurrar a tía March... Me tendré que resignar a que me siga llamando Josefina —suspiró Jo.

—¿No le gusta bailar, señorita Jo? —preguntó Laurie, que parecía encontrar aquel nombre muy adecuado a la muchacha.

—Cuando es al aire libre, sí. Pero en estas reuniones, estoy temiendo siempre el derribar alguna cosa o pisar a los demás. Por eso dejo que Meg se divierta. ¿Usted baila?

—Algunas veces... He vivido en el extranjero mucho tiempo y, tras mi regreso, no he salido lo bastante como para estar a la moda...

—¿Ha viajado? —le interrumpió Jo, entusiasmada—. ¡Oh! Cuénteme... ¡Adoro escuchar historias de viajes!

Laurie no sabía por dónde comenzar, mas la impaciencia de Jo le obligó a ello. Habló de sus años de colegio en Vevey, las excursiones a Suiza con los profesores... Pronto desapareció la timidez del joven ante la actitud franca y sencilla de la muchacha. Jo era también ella otra vez; alegre, sincera y olvidada de su vestido. Era agradable el joven Laurence y ella le examinaba con atención para describírselo a sus hermanas.

—¡Qué polca más maravillosa! —gritó de pronto Jo—. ¿Por qué no va a bailarla?

—Con usted, si le parece bien —respondió el joven.

—¡No puedo! Le he prometido a Meg que... —Jo se interrumpió sin saber si terminar la frase o comenzar a reír.

—¿Por qué? —preguntó Laurie muy intrigado.

—¿No se lo dirá a nadie?

—¡Jamás!

—¡Bien! Tengo la mala costumbre de acercar mi espalda al fuego y por eso quemo todos los vestidos. Este ha seguido la misma suerte y, aunque está cuidadosamente reparado, se nota mucho. Para que nadie lo vea, Meg me ha recomendado mil veces que no baile... Puede reírse si quiere. Es muy divertido...

Pero Laurie no se rió, sino que contestó gentilmente:

—Poco importa. ¡Ya sé lo que vamos a hacer! A ese lado del salón hay un largo corredor que da al jardín. Allí podremos bailar sin que nos vea nadie. ¡Vamos!

Jo le agradeció sus atenciones y le siguió alegremente. Lo único que sentía ahora era no poseer un par de magníficos guantes, pues se había fijado en que su pareja llevaba unos maravillosos de color gris pálido. En un instante llegaron al corredor e iniciaron la briosa polca. Laurie bailaba bien y daba a sus movimientos una vivacidad y ritmo que causaban la admiración de Jo. Cuando la música cesó, los dos se sentaron en la escalera para tomar aliento. Poco después, estando Laurie en lo más interesante de un relato de una fiesta de estudiantes, apareció Meg e hizo una seña a su hermana.

La fiesta había terminado. Las jovencitas llegaron a casa cansadas y dichosas.







## Jo encuentra a Apollyon

**D**ÓNDE vais, queridas? —preguntó Amy entrando en la habitación de sus hermanas un sábado por la tarde y encontrando a Meg y Jo preparándose para salir con un aire misterioso que aún excitó más su curiosidad.

—¡Qué más da! Las niñas no deben preocuparse de estas cosas. Vete fuera, pequeña —contestó Jo con frialdad.

Nada más mortificante para Amy que aquella respuesta. Disimuló su enfado y decidió desvelar el secreto aunque le llevara una hora de tiempo.

Se volvió hacia Meg, que nunca le había negado nada y le preguntó zalamera:

—¡Por favor! ¡Dímelo! ¡Déjame ir con vosotras! Beth se ha embebido en su piano y yo no tengo nada que hacer. ¡Estoy completamente sola!

—No podemos, querida. No estás invitada —dijo Meg. Pero Jo interrumpió bruscamente:

—¡Calla, Meg! ¡No la mimes tanto! ¡Tú no puedes venir, Amy! ¡No te hagas la nenita, ni lloriquees más!



—¡Ya sé que vais con Laurie! Ayer a la tarde os oí cuchichear y reír sentadas en el sofá y cuando yo entré os quedasteis mudas... Salís con él, ¿verdad?

En efecto, las relaciones entre la familia March y sus vecinos se habían vuelto muy amistosas y Laurie, acompañado o no de su abuelo, hacía frecuentes visitas a sus nuevas amigas.

—¡Sí! —contestó secamente Jo—. ¡Déjanos tranquilas y no nos molestes más!

Amy guardó silencio, pero sus ojos fisgonearon incansables y vieron a Meg guardar un abanico en el bolsillo.

—¡Ya di con ello! —gritó—. ¡Vais al teatro a ver "Los siete castillos"! ¡Yo iré también, pues mamá ha dicho que puedo ver esa obra! ¡Tengo dinero y habéis hecho muy mal con no habérmelo dicho!

—Si ella va, yo me quedo —advirtió Jo, descontenta ante la perspectiva de tener que vigilar toda la noche a una niña turbulenta—. Además sería una descortesía llevar a Amy, puesto que él nos ha invitado sólo a las dos.



Aquellas palabras excitaron la cólera de Amy, que empezó a calzarse al tiempo que decía con su tono más amargo:

—¡Iré! Si pago mi entrada, Laurie no puede decir nada.

—No podrás estar con nosotras porque las localidades son numeradas y es imposible dejarte sola. Laurie entonces te cederá su asiento y estropearás nuestra velada... ¡No insistas! ¡Quédate en casa! —gritó Jo furiosa como nunca, al mismo tiempo que en su nerviosismo se pinchaba un dedo.

Con un pie calzado y otro no, Amy se puso a llorar y Meg a convencerla mientras que Laurie llamaba desde abajo. Las dos muchachas descendieron rápidas dejando a su hermana deshecha en lágrimas. En el instante en que los tres jóvenes salían de casa, Amy se inclinó sobre la barandilla y gritó en tono amenazador:

—¡Te arrepentirás, Jo March! ¡Te lo aseguro!

¡Turlututú! —replicó Jo cerrando la puerta.

Pasaron una tarde encantadora con "Los siete castillos del lago del diamante". Era un espectáculo deslumbrador y maravilloso. Sin embargo, a pesar de divertidos diablillos rojos, gnomos centelleantes, príncipes y princesas fastuosos, una gota emponzoñada se mezclaba con la alegría de Jo; la reina de las hadas con su bucles rubios se parecía a Amy y, durante los entreactos, se preguntaba si su hermanita sería capaz de cumplir su amenaza. Amy y ella habían tenido muchas escaramuzas en el curso de su vida, pues las dos se dejaban llevar por sus caracteres, prontos a montar en cólera a la menor contradicción.

Amy molestaba a Jo; Jo irritaba a Amy y a veces surgía la doble explosión en la que cada una se sentía herida.

Cuando las dos jóvenes regresaron a casa encontraron a Amy leyendo en el salón. Tenía un aire ofendido, no levantaba los ojos del libro, ni parecía inquietarla la más mínima cuestión. Podía más el resentimiento que la curiosidad. Fue Beth

la que pidió y obtuvo una amplia referencia sobre la representación. Después de despojarse de su bello sombrero, Jo lanzó una mirada sobre su escritorio. En una pasada discusión, Amy había saciado su venganza volcando en el suelo el contenido de un cajón. Después de una rápida mirada en sus diversos departamentos, sobres y carpetas, todo parecía en orden. Jo sacó en conclusión que Amy había perdonado y olvidado sus agravios.

Mas se engañó. La mañana siguiente trajo un descubrimiento que provocó una terrible tempestad. Meg, Beth y Amy estaban sentadas en el salón, cuando Jo, excitadísima y casi sin aliento, se precipitó en la estancia:

—¿Cuál de vosotras ha cogido mi manuscrito?

Meg y Beth respondieron negativamente. Amy atizó el fuego sin decir nada. Jo la vio enrojecer y se lanzó sobre ella:

—¡Amy, tú lo has cogido!

—No...

—¡Tú sabes dónde está!

—No...

—¡Qué mentirosa! —gritó Jo, sujetando a su hermana por los hombros con terrible furia.

—¡Ni sé dónde está, ni me importa!

—¡Lo sabes y harás mejor en decirlo ahora mismo! —exclamó Jo, sacudiendo a Amy violentamente.

—¡Grita lo que quieras que no volverás a ver jamás tu imbécil libro! —aulló Amy, descompuesta también por la cólera.

—¿Por qué?

—¡Porque lo he quemado!

—¿Que has quemado mi amado libro, fruto de tantos trabajos y vigiliass, que esperaba terminar antes del regreso de papá? Pero ¿es cierto? —preguntó Jo palideciendo, mientras sus ojos lanzaban llamas y sus manos se crispaban sobre Amy cada vez con más fuerza.



—¡Sí! Ya te dije que te haría pagar tu maldad de ayer... Amy no pudo decir nada más pues fue arrastrada y sacudida con tal violencia, que sus dientes castañeteaban, al tiempo que Jo, en su delirio de dolor y cólera, gritaba:

—¡Malvada! ¡Malvada niña! ¡Jamás podré escribirlo! ¡Nunca te perdonaré esto! ¡Nunca!

Meg corrió en socorro de Amy y Beth trató de apaciguar a Jo, pero la muchacha estaba completamente fuera de sí; después de propinar un último puñetazo en la cara de su hermana, salió corriendo del salón y buscó refugio en el viejo canapé de la buhardilla.

Allí abajo la tormenta comenzaba a ceder. Cuando la señora March llegó y se puso al corriente de los acontecimientos riñó severamente a Amy haciéndola comprender la injusticia que había cometido con su hermana. El manuscrito de Jo era la alegría y el orgullo de la muchacha y la familia lo consideraba como un primer ensayo literario lleno de promesas. Comprendía doce pequeños cuentos de hadas escritos con todo esmero y amor por su autora a lo largo de muchos años, con la esperanza de recibir un día los honores de la imprenta. ¡Jamás podría Jo reparar aquella pérdida! Beth lloró más que cuando murieron sus gatitos y hasta Meg rehusó defender a su favorita. La señora March estaba grave y triste y Amy comprendió que debía pedir perdón para recuperar la paz.

A la hora de la merienda, cuando Jo apareció sombría y distante, Amy se dirigió a ella y le dijo humildemente:

—Te pido perdón, Jo... ¡Lo siento mucho!

—¡Jamás te perdonaré! —fue la implacable respuesta de Jo, quien a partir de aquel momento ignoró por completo a Amy.

Nadie habló más del grave acontecimiento, pues la señora March y todo el mundo sabían por experiencia que cuando Jo se hallaba en aquel estado, todos los razonamientos eran en



vano. Lo más prudente era esperar que un ligero incidente o simplemente su propia generosidad aplacara el resentimiento de Jo y renaciera la paz.

Antes de acostarse aquella noche, cuando Jo se despidió de su madre con un beso, la señora March susurró cariñosamente en su oído:

—Hija, querida... No dejes que el sol se oculte bajo tu cólera. Perdonaos mutuamente, soportaos unas y otras y mañana todo será mejor...

Jo hubiera querido posar su cabeza sobre el regazo amado y gritar a la vez su dolor y su cólera, pero las lágrimas son una debilidad indigna de un alma viril y la joven se consideraba tan profundamente herida, que no sabía si un día llegaría el momento de perdonar. Por eso, cerrando los ojos, exclamó violentamente para que Amy la oyera:



—¡Esa persona cometió un acto tan abominable, que no merece perdón!

Después se acostó silenciosamente sin hacer los comentarios jocosos de otros tiempos.

Amy se sintió muy humillada al ver que sus proposiciones cordiales eran rechazadas y, juzgándose más ofendida que nunca, comenzó a darse importancia con insoportables modales.

A la mañana siguiente, Jo perseveraba en su actitud de furor concentrado. Hacía un frío glacial; el manguito de Jo cayó en un arroyo, tía March sufrió una crisis de nervios, Meg estaba melancólica, Beth triste y pensativa y Amy no cesaba de hacer insinuaciones sobre “las personas que hablan siempre de portarse bien sin hacerlo nunca, mientras que otras les dan ejemplo de la más alta virtud”.

—¡Son detestables! —se decía Jo, mientras salía de casa—. Voy a preguntar a Laurie si quiere venir a patinar. Es tan alegre, que a su lado recobro mi seguridad.

Amy oyó el ruido de los patines y profirió una exclamación.

—Me dijo que iría con ella la próxima vez que saliera a patinar. Pero es inútil pedir algo a una criatura de tan mal carácter...

—¡No hables así! —la interrumpió Meg—. Eres tú quien se portó mal y para ella es difícil olvidar la pérdida de su precioso trabajo. Mas creo que te perdonará pronto si escoges un momento propicio. Vete tras ellos y no digas nada hasta que no veas reír a Jo. Entonces aprovecha la ocasión y abrázala simplemente o dedícale un gesto amistoso. Estoy segura que te aceptará de todo corazón y volveréis a ser buenas amigas.

—Voy a intentarlo —respondió Amy, a quien el consejo agradaba—. ¡Hasta luego!

Y corrió detrás de los dos amigos, que acababan de desaparecer al otro lado de la colina.

La ribera no estaba muy lejos y los jóvenes estaban dis-

puestos cuando Amy les alcanzó. Jo la vio y se colocó de espaldas a la pequeña. Laurie no se fijó en ella, pues patinaba muy atento por el ribazo para comprobar la solidez del hielo, ya que subía la temperatura peligrosamente.

Envuelto en una ropa apropiada, Laurie se lanzó hacia adelante. Amy le oyó decir:

—Voy a dar una vuelta para ver si todo está bien, antes de comenzar nuestra carrera.

Al llegar al final de la pista, Laurie gritó:

—¡Patina por los bordes! ¡El centro no está seguro!

Jo le oyó, pero Amy, entretenida con el arreglo de sus patines, no entendió ni una sola palabra. Su hermana le lanzó una mirada al tiempo que el pequeño demonio que llevaba en su corazón le susurró al oído:

—¡No te preocupes! ¡Que se arregle ella sola!

Laurie desapareció detrás de la curva cuando llegaba Jo y Amy, al verse lejos de ellos, se lanzó por el centro para alcanzarles... En ese momento el hielo se rompió y la pequeña se hundió en el agua. Jo oyó un grito de agonía y en los minutos que siguieron le pareció que era víctima de una horrible pesadilla. Siguió ciegamente las órdenes de Laurie que, completamente dueño de sí, se había lanzado sobre el hielo y sostenía a Amy por los brazos mientras que Jo arrancaba un madero de la empalizada. Entonces los dos juntos sacaron del agua a la niña, que afortunadamente tenía más miedo que daño.

—Tenemos que llevarla a casa cuanto antes —gritó Laurie, envolviendo a Amy en los abrigos y tratando después de liberarla de los patines, cuyas correas parecían más anudadas que nunca.

Rápidamente transportaron a la temblorosa Amy, empapada y llorando. Toda la casa se revolucionó de arriba a abajo hasta que la pequeña se adormeció envuelta en un edredón delante de un buen fuego. Jo no había abierto la boca mientras





tanto, pálida y sombría, con su vestido desgarrado y las manos cortadas y magulladas por el hielo y los nudos de los patines. Cuando Amy quedó adormecida y la casa recobró su calma, la señora March, sentada al lado del lecho, llamó a Jo y comenzó por curar sus manos heridas.

—¿Se salvará? —murmuró Jo fijando su mirada en la rubia cabeza que pudo desaparecer bajo el hielo traidor.

—Desde luego, querida —contestó la madre alegremente—. Habéis tenido la precaución de arrojlarla rápidamente.

—Es Laurie quien ha hecho todo... ¡Mamá, si Amy se muere mía será toda la culpa!

La pobre muchacha se derrumbó al lado del lecho, contando entre sollozos lo que había ocurrido. Terminó reconociendo la dureza de su corazón y pidiendo el castigo que merecía.

—Es mi carácter violento quien tiene la culpa de todo —gritaba desesperada—. Mamá, ¿qué puedo hacer?

—Rezar y amar, querida. No renuncies jamás al esfuerzo

y convéncete de que todas nuestras malas inclinaciones se pueden corregir —dijo la señora March atrayendo hacia ella la cabeza de la muchacha y besando la mejilla inundada de lágrimas de remordimiento.

—¡No puedes saber lo terrible que es esto! Cuando monto en cólera me convierto en una salvaje y me alegro de hacer daño... ¡Oh, mamá! ¡Ayúdame!

—¡Sí, querida! No llores más, pero guarda el recuerdo de este día y promete de todo corazón no ofender a Dios con nada semejante.

Amy se agitó y suspiró en su lecho. Decidida a reparar su falta, Jo la contempló con una dulzura desconocida en ella.

—¡Dejé que el sol se ocultara bajo mi cólera, no quise perdonarla y si no fuera por Laurie sería demasiado tarde! ¿Cómo pude ser tan mala? —dijo la muchacha, acariciando la cabellera húmeda de la hermanita.

Como si la hubiera oído, Amy abrió los ojos y le tendió los brazos con una sonrisa que hizo feliz el corazón de Jo. No hablaron una sola palabra, mas se abrazaron con todas sus fuerzas y todo quedó olvidado con un tierno beso.







## Un telegrama

UNA triste tarde de noviembre la familia March completa estaba instalada en el salón. Laurie se esforzaba por distraer a sus amigas, pero no lo conseguía más que a medias.

—¡Noviembre es el mes más detestable del año! —exclamó Meg, delante de la ventana contemplando el jardín helado—. En este tiempo parece que no pueden ocurrir más que desgracias.

La campanilla de la puerta interrumpió a la joven y un instante después Hannah entró con un sobrecito.

—Uno de esos horribles telegramas, señora —dijo mientras se lo entregaba con cuidado, como si hubiera estado cargado de peligrosos explosivos.

La señora March leyó las líneas que contenía aquel papel y se sentó en su sillón, pero tan pálida, que pareció que de aquella hoja hubiera salido una bala a incrustarse en su corazón.

Laurie corrió a traer un vaso de agua, Meg y Hannah fue-

ron en su auxilio, mientras que Jo leía con voz angustiada:

“Madame March,

Su esposo muy enfermo. Venga inmediatamente.

S. Hale. Blank Hospital - Wáshington.”

¡Qué silencio se hizo en la estancia después que todos escucharon anhelantes! El día se hizo terriblemente sombrío y el mundo entero pareció cambiar mientras que las cuatro hermanas rodearon a la madre querida como si todas las fuerzas de sus vidas estuvieran a punto de ser arrancadas.

La señora March se sobrepuso, releyó el mensaje y tendió los brazos a sus hijas, diciendo en un tono que ellas no olvidarían jamás.

—Marcharé en seguida, mas puedo tardar en volver. Mis niñas queridas, ayudadme a soportar esta prueba.

Las muchachitas procuraron tener calma, contemplando a su madre, pálida, mas decidida a todo.

—¿Dónde está Laurie? —preguntó la señora tras unos instantes de reflexión para decidir lo más conveniente.

—¡Aquí estoy! —exclamó el joven viniendo de la habitación vecina, donde se había refugiado considerando que el gran dolor de la familia era digno de ser respetado aun por los amigos íntimos—. Dígame lo que debo hacer.

—Enviar un telegrama anunciando que tomaré el primer tren de mañana.

—¿Algo más? Los caballos están preparados; puedo ir a todos los lugares, hacer cualquier cosa —añadió el muchacho, dispuesto a volar a las cuatro esquinas de la tierra.

—Llevará una nota a tía March. Necesito pluma y papel...

Desgarrando un extremo de una de sus hojas escritas recientemente, Jo colocó la mesa delante de su madre, no ignorando que ella iba a pedir un préstamo para emprender el largo viaje y preguntándose de qué forma podría contribuir a aumentar aquella suma.



Para media tarde todas las cosas estaban ultimadas. Meg y su mamá terminaron algunos indispensables trabajos de costura, mientras que Beth y Amy preparaban la merienda y Hannah planchaba. Sólo faltaba Jo. Cuando llegó, parecía revestida de una extraña serenidad, mitad alegre, mitad temerosa; curiosa mezcla de satisfacción y sentimiento que asombró a su familia antes de que dejara ante su madre un fajo de billetes de banco, diciendo con voz un poco temblorosa:

—Mi contribución a los cuidados y al viaje de regreso de papá.

—¡Querida! ¿De dónde has sacado esta suma? ¡Veinticinco dólares! Jo, espero que no hayas hecho nada malo...

—No, mamá... Ese dinero es sólo mío. Ni lo he mendigado ni lo he pedido prestado... ¡Lo he ganado! Y no creo que me censuréis, pues no he hecho más que vender lo que me pertenecía.

Al decir esto, Jo se quitó el sombrero. Un grito de estupor se elevó de las gargantas femeninas... ¡Su magnífica cabellera había sido cortada!

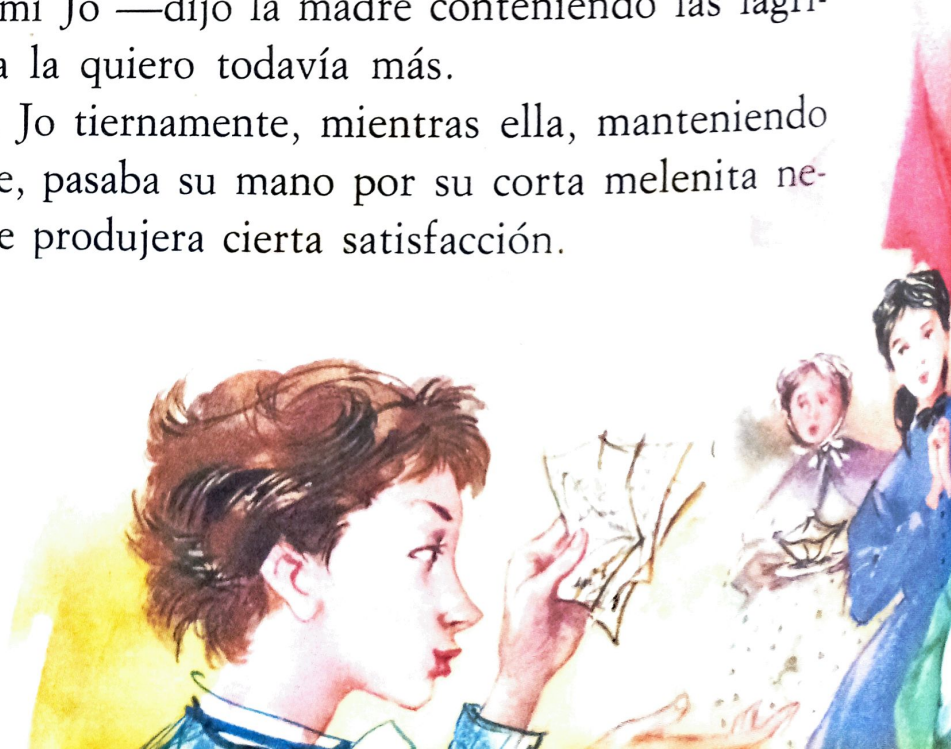
—¡Tus cabellos! ¡Tus bellos cabellos!

—Jo... ¿cómo has podido? Era... tu única belleza.

—Sí, niña querida. Pero no era necesaria.

—Esta no es mi Jo —dijo la madre conteniendo las lágrimas—, mas ahora la quiero todavía más.

Beth abrazó a Jo tiernamente, mientras ella, manteniendo un aire indiferente, pasaba su mano por su corta melenita negra como si ello le produjera cierta satisfacción.



—Esto no cambia la historia de las naciones —dijo luego despreocupadamente—. No lo lamente, Beth, pues es conveniente para mi vanidad. Estaba demasiado orgullosa de mi peluca. Ahora tengo la cabeza ligera y fresca. Además el peluquero me ha dicho que pronto tendré unos pequeños bucles. Estoy contentísima por haber podido traer ese dinero.

—Aún estoy sorprendida Jo —dijo la señora March—, pero no puedo reprenderte pues sé con qué generosidad has sacrificado lo que tú llamas tu vanidad, por amor a tu padre. Pero querida, temo que lamente tu gesto uno de estos días.

—¡No mamá! —replicó Jo enérgicamente.

—¿Cómo tuviste esa idea? —preguntó Amy, que hubiera preferido que le cortaran la cabeza antes que los cabellos.

—Tenía que hacer algo por papá. Al salir no había pensado vender mis cabellos. De pronto, en el escaparate de un peluquero vi unas trenzas de pelo con los precios. Una de ellas, menos espesa que la mía, valía cuarenta dólares. Pensé que al fin había encontrado algo mío que vender y sin pensarlo más entré para preguntar al peluquero si compraba cabello y cuánto me daría por los míos. Se trataba de un hombrecillo que parecía estar sobre la tierra únicamente para darse brillantina en sus propios cabellos. Comenzó por decirme que mi pelo apenas le interesaba, pues el color no estaba de moda, que no pagaba nunca muy caro el cabello que compraba y otras cosas por el estilo. Se estaba haciendo tarde y yo tenía miedo de que si no hacía aquello en el momento ya no me iba a decidir. Vosotras sabéis que cuando





me empeño en una empresa me cuesta mucho renunciar. Por eso supliqué al comerciante que comprara mi pelo y le expliqué la prisa que tenía. Su mujer me había estado oyendo desde la puerta y apoyó mis urgentes deseos:

—Cómpraselo, Thomas. Complace a la señorita. Yo haría lo mismo por nuestro Jimmy... si mis cabellos valieran la pena.

—¿Quién es Jimmy? —preguntó Amy, que se moría por las explicaciones detalladas.

—Un hijo que tienen en la guerra. Estas son las cosas que aproximan a las más diferentes gentes. La señora me habló mientras su marido cortaba, intentando distraerme con maravillosa delicadeza.

—¿Y no has sentido una horrible impresión cuando te ha cortado el primer mechón? —preguntó Meg con un ligero escalofrío.

—He mirado mi cabellera por última vez cuando aquel hombre preparaba los instrumentos y eso ha sido todo. No lloriqueo jamás por tonterías de este género. Sin embargo, debo confesar que me ha parecido curioso ver sobre la mesa los largos mechones de pelo que hacía un momento estaban sobre mi cabeza. Al ver que los miraba, la esposa del peluquero ha cogido un rizo y me lo ha regalado. Guárdalo, mamá, en recuerdo de glorias pasadas. Son tan cómodos los cabellos cortos, que yo no sé si dejármelos así para siempre...

La señora March enrolló el suave mechón negro y lo dejó en su escritorio, al lado de otro ya gris. Mas sus hijas la vieron tan conmovida, que rápidamente cambiaron de conversación. Hablaron alegremente de la bondad de Laurie, del buen tiempo previsto para el día siguiente y de los momentos felices que les esperaban al regreso de papá.

Nadie parecía pensar en acostarse cuando a las diez de la noche la señora March, terminados sus últimos preparativos, dijo a sus hijas:

—Ya es hora, queridas. Id a acostaros sin hablar, pues mañana debemos levantarnos muy temprano y necesitaremos todas nuestras fuerzas. Buenas noches, tesoros.

Las muchachas abrazaron tiernamente a su madre y se fueron a acostar, tan silenciosamente como si hubiera habido un enfermo en la habitación vecina. Beth y Amy quedaron pronto profundamente dormidas a pesar de sus inquietudes, pero Meg estaba desvelada y triste, ocupada su mente por los pensamientos más graves que jamás había tenido en su corta existencia. Jo no se movía y su hermana la creía dormida, cuando un sofocado sollozo la hizo sobresaltarse. Extendió la mano y tocó una mejilla húmeda.

—Jo, querida... ¿Qué te pasa? ¿Lloras a causa de papá?

—No... Ahora no...

—Entonces ¿por qué?

—Por... Por ¡mis cabellos! —estalló Jo, tratando vanamente de ahogar su dolor con la almohada.

Meg abrazó tiernamente a la desolada heroína.

—Ya no siento nada —dijo Jo con apagada voz—. Mañana estaré como si tal cosa... No es más que la parte vana y egoísta de mí misma que llora ridículamente. No se lo digas a nadie. Ha terminado todo. Creía que estabas dormida y la pérdida de mi única belleza me ha traicionado. ¿Por qué estás desvelada?

—No puedo dormir... Estoy muy inquieta.

—Piensa alguna cosa agradable y te dormirás en seguida.

—Lo he intentado, pero estoy más despierta que antes.

—¿Y qué has pensado?

—En hermosos rostros, en bellos ojos, particularmente —respondió Meg, sonriendo en la oscuridad.

—¿De qué color te gustan?

—Ojos negros... algunas veces. También los ojos azules son encantadores...





A la mañana siguiente, un inmenso baúl estaba preparado en el vestíbulo. El abrigo y el sombrero de la señora March habían sido colocados sobre el diván, mientras que ella se esforzaba por comer algo. Estaba pálida y su demacrado rostro hablaba de una noche de insomnio, mas luchaba para demostrar entereza ante sus hijas y darles ejemplo de coraje ante la adversidad. Los ojos de Meg se llenaron de lágrimas a pesar de ella; Jo hacía multitud de viajes a la cocina para esconder su cara en las alacenas y las dos pequeñas tenían una expresión entre triste y asustada, pues el sufrimiento era una experiencia nueva para ellas.

Nadie hablaba mucho, pero cuando se acercó la hora de partir y mientras llegaba el coche, la señora March se dirigió a sus hijas, las cuatro afanadas alrededor de ella, plegando el chal, alisando las cintas de su sombrero, cerrando el saco de viaje...

—Hijas mías, os dejo al cuidado de Hannah y bajo la protección del señor Laurence. Hannah es la fidelidad misma y nuestro vecino velará por vosotras como si fuerais sus hijas. No estoy inquieta por vuestra suerte y os ruego que aceptéis esta prueba valientemente. Cumplid vuestras obligaciones como si estuviera con vosotras y no abandonaros a la pereza.

Continuad con vuestro diario trabajo, pues el tener siempre algo que hacer es un bendito consuelo. Rezad a Dios y pedidle de todo corazón que vuelva pronto vuestro padre.

—Sí, mamá.

El ruido de un carruaje que se aproximaba las hizo estremecerse y prestar atención. Fue un duro momento, pero las jovencitas lo soportaron con valor. Ya nadie llora, ni se esconde; nadie habla de sus penas. Todos los corazones rebosan una fe maravillosa y confían a la viajera miles de tiernos y cariñosos mensajes para el padre. Abrazan dulcemente a la madre y se estrechan contra ella como si quisieran transmitirle todo su fuego juvenil, su amor y su esperanza...

—¡Hasta la vista, queridas! ¡Dios os bendiga y nos guarde a todos! —exclamó la señora March, besando precipitadamente los amados rostros, antes de subir al carruaje.

El coche se alejó en el momento en que el sol resplandecía sobre el grupo situado en la puerta del jardín. La madre se volvió y, como si fuera un feliz presagio, vio a sus hijas inundadas de luz. Las cuatro hermanas experimentaron el mismo sentimiento y sonrientes agitaron las manos. Fue la última visión que se llevó la señora March. Sus hijas iluminadas por la luz rosada del sol, rodeadas de sus protectores: al anciano señor Laurence, la fiel Hannah y el devoto Laurie.

—Parece como si hubiéramos sufrido un terremoto —comentó Jo, cuando sus vecinos se retiraron con objeto de que cambiaran a solas sus primeras impresiones.





—A mí me da la impresión de que la mitad de la casa se nos ha caído encima —aseguró Meg tristemente.

Beth abrió la boca para hablar a su vez, pero sólo pudo mostrar con un dedo el montón de ropa cuidadosamente reparada que se hallaba sobre la mesa de la madre, demostrando claramente que a pesar de la agitación de las últimas horas, la buena señora había pensado en sus hijas y trabajado para que no las faltara nada. Parecía que aquel detalle no tenía importancia, pero algo ocurrió en los tiernos corazones, pues instantes después las cuatro muchachas sollozaban desconsoladas. La sensata Hannah las dejó verter aquellas lágrimas bienhechoras y cuando consideró que la borrasca comenzaba a perder fuerza, entró sonriente con una inmensa cafetera exclamando:

—Ahora, mis queridas señoritas, acuérdense de lo que dijo su mamá y no se atormenten más. Vamos a tomar una buena taza de café y en seguida a ponernos a trabajar para mostrarnos dignas de la familia.

El café era un excepcional regalo y Hannah había escogido sabiamente el mejor momento para ofrecerlo. Ninguna puso reparos a la invitación de la buena mujer, avivada por el delicioso aroma que se escapaba del humeante recipiente. Se aproximaron a la mesa, cambiaron los pañuelos por las servilletas y dos minutos después todo estaba en calma.

—Esperar y trabajar, ésa será nuestra divisa —dijo la valiente Jo—. Iré a casa de tía March como de costumbre. Estoy dispuesta a seguir oyendo sus sermones.

—Yo también iré a casa de los King —suspiró Meg, pensando en que tendría los ojos rojos de llorar.

—Beth y yo haremos lo de casa —dijo Amy solemnemente.

—Hannah nos dirá lo que tenemos que hacer y todo estará en orden cuando lleguéis —aseguró Beth, preparando la esponja y el cubo para lavar la vajilla.

# Días sombríos

**D**URANTE una semana, los buenos deseos depositados en la vieja casa fueron suficientes para que las muchachas se comportaran admirablemente. Cada una parecía poseer una angelical disposición para olvidarse de sí misma y estar al servicio de las demás. Pero después, los buenos propósitos se fueron relajando insensiblemente. No evitaban sus deberes, pero juzgaron que aquellos esfuerzos sobrehumanos bien merecían un día de vacaciones... y se otorgaron muchos.

—Meg, creo que debes ir a ver a los Hummel. Ya sabes que mamá insistió en que no nos olvidáramos de ellos —dijo Beth, diez días después de la partida de la señora March.

Se trataba de una pobre familia, por la que la madre y sus cuatro hijas se interesaban y ayudaban en lo posible.

—¡Oh! Estoy muy cansada para ir allí esta tarde —respondió Meg, que se disponía a coser confortablemente instalada en una butaca.

—¿Puedes ir tú, Jo?

—Hace demasiado viento para mi resfriado.

—¿Por qué no vas tú misma? —preguntó Meg.

—Yo estoy allí todos los días, pero el pequeñín está enfermo y no sé qué hacer con él. La señora Hummel va a trabajar y Lottchen se ocupa del niño, pero va de mal en peor. A mí me parece que una de vosotras o Hannah debéis ir allí.

Beth habló con bastante energía y al final Meg prometió que al día siguiente pasaría por casa de los Hummel.

—Pídele a Hannah algunas cosas y llévaselas, Beth. El aire te hará bien —sugirió Jo, que añadió para excusarse—.



Yo iría, pero quiero terminar esto que he empezado a escribir esta mañana.

—Me duele la cabeza y estoy fatigada. Por eso os decía a una de vosotras dos que iríais...

—Amy estará pronto aquí y ella irá corriendo en nuestro lugar —indicó Meg.

—Entonces voy a reposar un poco y la espero.

Beth se acostó sobre el diván, Meg y Jo volvieron a sus trabajos y la familia Hummel fue olvidada. Transcurrió una hora; Amy no había llegado, Meg se probaba en su habitación un nuevo vestido, Jo estaba completamente absorta en su historia y Hannah dormía profundamente ante el fuego. Beth entonces se puso tranquilamente su capuchón, llenó una cestita de golosinas para los pobres niños y salió al aire helado, con una dolorosa expresión en sus dulces ojos y sintiendo gran pesadez en la cabeza. Era muy tarde cuando regresó y nadie la vio subir al primer piso y penetrar en la habitación de su madre. Media hora después Jo fue al cuarto de baño para buscar alguna cosa y encontró a Beth ante el armario botiquín con un aire infinitamente triste, los ojos muy rojos y una botella de alcohol alcanforado en la mano.

—¡Por Cristóbal Colón! ¿Qué te pasa? —gritó alarmada mientras su hermana le hacía señas para que no se acercara.

—¿Has pasado la escarlatina? —preguntó rápidamente Beth.

—Sí. Hace dos años, al mismo tiempo que Meg... ¿Por qué?

—Ya te lo diré... ¡Oh! Jo, el bebé se ha muerto...

—¿Qué bebé?

—El de la señora Hummel... ¡Ha muerto sobre mis rodillas antes de que su mamá llegara a casa! —sollozó Beth con desesperación—. Yo sabía que estaba muy malito. Lottchen me ha dicho que su madre iba a traer una medicina y le he

cogido el niño para que ella descansara... Estaba durmiendo, mas de pronto ha dado un pequeño grito. He intentado calentar sus pies, darle un poco de leche... ¡Ha sido inútil!

—¡No llores más mi tesoro! ¿Tú que ibas a hacer?

—Cuando ha venido el doctor, ha examinado la garganta a Heinrich y a Minna, dictaminando que es fiebre escarlatina. Luego ha reprendido a la señora Hummel por no haberle avisado antes. Ella le ha dicho que por tener que salir a trabajar no puede cuidar a sus niños debidamente. Entonces el doctor ha estado más amable. A mí me ha dicho que vuelva a casa rápidamente y me aplique belladona, pues estoy en peligro de haber contraído la escarlatina.

—¡No! —gritó Jo, abrazando a su hermana y temblando de terror—. ¡No puedes tener esa enfermedad!

—Ahora no me siento mal. Creo que si la tengo, no será muy fuerte. He repasado el libro de mamá. El mal comienza con dolores de cabeza y garganta, los mismos síntomas que siento. He tomado la belladona y me encuentro mucho mejor. Debemos ser valientes —dijo la pobre Beth llevando las manos heladas a su frente ardiente y esforzándose por parecer tranquila.

—¡Si estaría aquí mamá! —se lamentó Jo apoderándose del libro de medicina y sintiendo como nunca que Wáshington estuviera tan lejos. Leyó algunas páginas, contempló a Beth, tocó su cabeza, examinó su garganta y declaró gravemente—. Has estado en contacto con ese pobre niño más de una semana.





Voy a llamar a Hannah, pues conoce muy bien las enfermedades.

—No dejéis a Amy que entre aquí. No ha estado nunca enferma y me desesperaría si la contagio... ¿Estás segura de que Meg y tú no podéis tener la escarlatina dos veces? —preguntó Beth con inquietud.

—¡Qué importa! No te preocupes por mí. Lo tendría bien merecido por ser un egoísta animalejo que te ha dejado marchar por el solo hecho de que estaba escribiendo —masculló Jo al tiempo que salía corriendo en busca de Hannah.

La excelente mujer se despertó instantáneamente y tomó a su cargo todas las responsabilidades, advirtiéndole a Jo que era inútil atormentarse. Todo el mundo tenía la escarlatina y nadie moría si se atajaba a tiempo. A Jo le pareció que le quitaban de encima un gran peso.

—He aquí lo que vamos a hacer —decidió Hannah, después de examinar e interrogar a Beth—. Hay que llamar al doctor Bangs para que nos confirme que estamos en lo cierto. Enviaremos a Amy a casa de la tía March, donde estará unos días con el fin de alejar todo peligro de contagio. Una de las dos, Meg o Jo, se quedará en casa para ocuparse de Beth.

—Soy yo la que se quedará, pues soy la mayor —dijo Meg, llena de inquietudes y remordimientos.

—No, seré yo, pues tengo la culpa si Beth está enferma —declaró Jo enérgicamente—. Mamá me encargó de hacer todas las salidas al exterior.

—¿Cuál quieres que se quede, Beth? —preguntó Hannah.

—Jo, si os da lo mismo —dijo la niña apoyando la cabeza en el hombro de su hermana.

Amy protestó con todas sus fuerzas, afirmando rotundamente que prefería tener la escarlatina antes de ir a casa de tía March, pero los razonamientos de Meg acabaron por convencerla.

Beth pasó la escarlatina y estuvo mucho más grave que lo que el doctor y Hannah habían previsto. El primero de diciembre, un día horroroso y helado, el doctor vino a la mañana, auscultó largamente a la niña, tomó las manos ardientes entre las suyas y después la tendió otra vez suavemente.

—Si la señora March puede dejar a su esposo, convendría decirle que venga —dijo a Hannah en voz baja.

Hannah aprobó con la cabeza sin hablar una palabra. Meg se desplomó en un sillón sintiendo que las fuerzas la abandonaban. Jo quedó un segundo inmóvil y muy pálida, después se precipitó al salón para buscar un impreso de telegrama, se puso aceleradamente el abrigo y se lanzó a la tempestad.

Pronto estuvo de regreso y aún no se había quitado la ropa de calle cuando llegó Laurie con una carta que comunicaba la buena nueva de que el señor March estaba mucho mejor. Jo leyó aquellas líneas con alegría, mas el peso terrible que llevaba sobre su corazón, mantuvo en su cara un rictus doloroso.

—¿Qué ocurre? —preguntó Laurie alarmado—. ¿Está peor Beth?

—Acabo de enviar un telegrama a mamá para que venga —respondió Jo con expresión desesperada, tirando con todas sus fuerzas de sus botas de caucho.

—¡Qué buena idea! ¿La han llamado ustedes mismas? —preguntó Laurie haciéndola sentar en una silla del vestíbulo para ayudarla a quitar el calzado rebelde que sus manos temblorosas no conseguían sacar.

—No. Es el doctor quien lo ha pedido.

—¡Pero... Beth no está tan mal! —gritó Laurie asustado.

—Sí lo está... No nos reconoce ya y sólo habla de “bandadas de palomas verdes”, como ella llama a las hojas de vid del papel de la pared... Así está mi dulce Beth y nadie nos puede ayudar en este trance... Solamente Dios...



Las lágrimas brillaban en los ojos de la pobre Jo, que tendió la mano hacia adelante en un gesto de desaliento, como si estuviera abandonada en las tinieblas. Laurie, con una extraña opresión en la garganta, murmuró conmovido:

—¡Estoy aquí, Jo! ¡Apóyese en mi brazo, querida amiga!

El gesto fraterno pareció devolver algo de su valor a la joven. Laurie hubiera querido dedicarle frases de consuelo, mas no encontró palabras apropiadas y quedó silencioso. Aquello fue lo mejor que pudo hacer el muchacho. Jo lo comprendió así y sintió la dulce compañía de un sincero afecto.

Beth seguía en un estado de total inconsciencia, ignorándolo todo: dolores, esperanzas, peligros... Era un penoso espectáculo contemplar la carita en otro tiempo color de rosa, ahora pálida y demacrada; sus manos siempre activas, débiles y quietas; sus labios sonrientes, hoy crispados; su pulcra cabellera, desbordada en desorden sobre la almohada... Todo el día Jo y Meg estaban junto a ella, contemplándola anhelantes, esperando y poniendo toda la confianza en Dios y en su Santa Madre. A lo largo de aquel día estuvo cayendo la nieve y aullando el viento. Las horas se arrastraban lentamente, llegó la temible noche... Cada vez con más frecuencia, las dos hermanas, sentadas a cada lado del lecho, lanzaban miradas de ansiedad sobre la enfermita. El doctor las había advertido que la crisis, con su cambio bueno o malo, se produciría probablemente hacia la media noche.

Hannah, agotada, se tendió sobre el canapé, al pie del lecho y se quedó dormida. El señor Laurence paseaba nervioso en el salón, pensando que él hubiera preferido hacer frente a una batería enemiga, que a la mirada de angustia de la señora March cuando llegara a su casa. Laurie se había acostado sobre una alfombra diciendo que iba a reposar, mas su mirada se mantuvo fija en el fuego y su semblante aparecía preocupado y serio.



Las jóvenes no olvidarían jamás aquella noche, porque ni un instante las rozó el sueño a lo largo de su vela, acabando abrumadas por ese sentimiento de impotencia que siente todo ser humano en parecidas circunstancias.

—Si Dios salva a Beth, no me quejaré jamás —murmuró Meg con ardorosa fe.

—Si Dios salva a Beth, me esforzaré en amarle y servirle toda mi vida —prometió Jo con igual fervor.

—Yo quisiera no tener corazón para no sufrir tanto —murmuró Meg después de una larga pausa.

—Si la vida es así de dura, me pregunto cómo se puede soportar —gimió su hermana con profundo desaliento.

Transcurrieron dos horas más. Jo, de pie ante la ventana, hallaba al mundo entero infinitamente triste. La nieve... De pronto oyó un rumor tras ella, volvió vivamente la cabeza y contempló a Meg de rodillas y con el rostro oculto en el sillón de la madre... Un terror espantoso se apoderó de la infeliz. ¡Beth había muerto y Meg no se atrevía a decírselo!

Avanzó hacia el lecho y vio que un gran cambio se había operado en la enfermita. El escarlata de la fiebre y la expresión de sufrimiento había desaparecido de la amada carita que se mostraba pálida y apacible. Reposaba con tanta paz, que Jo no sintió deseos de llorar ni de lamentarse. Lo único



que hizo fue inclinarse sobre su hermana preferida y poner un beso en la húmeda frente. Luego murmuró dulcemente:

—Adiós, mi pequeña Beth, adiós...

Como si hubiera sido despertada por un choque, Hannah se levantó rápidamente, se acercó a la cama, miró a Beth, tocó sus manos, escuchó su respiración y, arrojando el delantal por su cabeza, se sentó en el suelo balanceándose de derecha a izquierda y gritando:

—La fiebre ha bajado, duerme tranquilamente, su piel está húmeda y su respiración es normal... ¡Dios sea loado!

Aun antes de que Meg y Jo creyeran la venturosa novedad, el mismo doctor vino a confirmarlo. Era un hombre simple y un poco rudo, mas su rostro les pareció a las hermanas el de un ángel cuando las dijo:

—Sí, pequeñas. Creo que vuestra enfermita está fuera de peligro. Ahora debemos dejarla descansar en calma...

Algo más dijo el doctor pero ellas no le podían oír. Se deslizaron hasta el vestíbulo y, sentándose en un escalón, se abrazaron fuertemente, sin poder decir una palabra, hablando por las dos el corazón repleto de júbilo. Luego contemplaron a Beth, tranquila y feliz en su sueño.

—¡Si llegaría mamá ahora! —dijo la inquieta Jo.

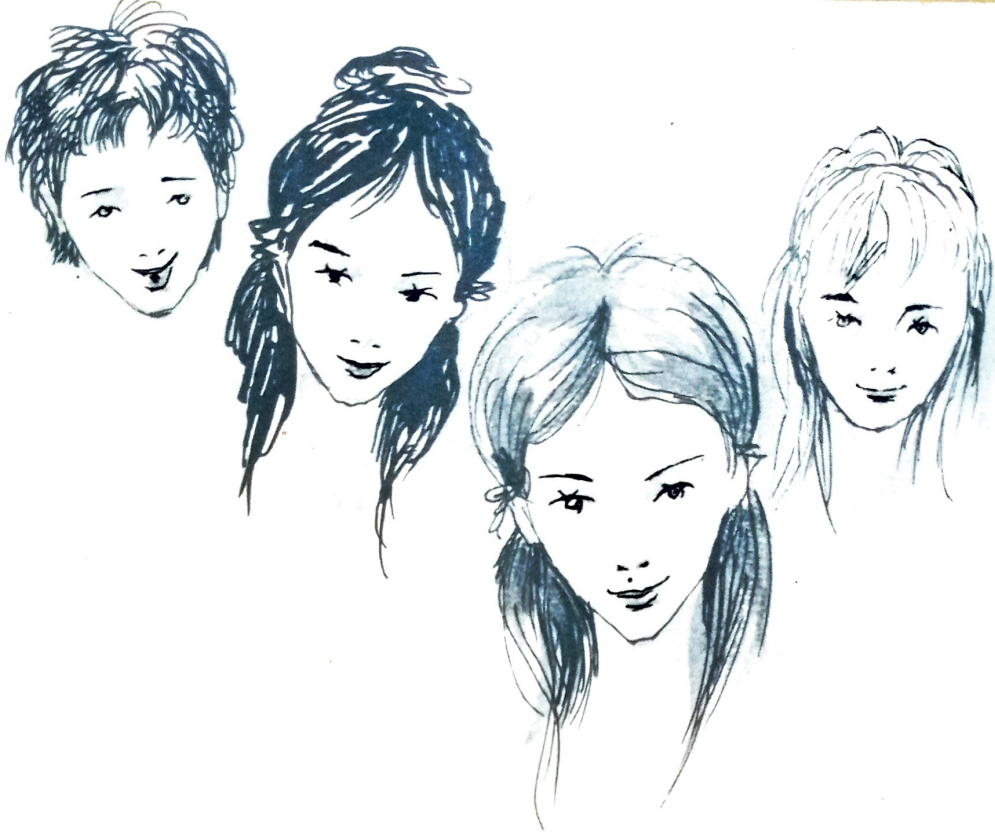
—¡Mira! —exclamó Meg sosteniendo una rosa blanca entreabierta—. Creí que se iba a abrir mañana y pensé ponerla en las manos de Beth si... nos abandonaba. Pero ha florecido esta noche y voy a colocarla aquí para que nuestra niña sea lo primero que vea al despertar, junto con la cara de mamá.

El sol comenzaba a salir. Todo parecía maravilloso...

—¡Escucha! —gritó Jo saltando de alegría.

Comenzó a oírse un rumor de campanillas a lo lejos... Después un grito de Hannah y la voz de Laurie que decía alegre:

—¡Aquí está! ¡Aquí está...!



## Cerca de las flores

**E**NCONTRAR palabras para describir el regreso de la señora March al lado de sus hijas sería materialmente imposible. Son momentos inefables que se viven con una intensidad profunda y única. Por ello dejaremos a nuestros lectores el placer de imaginárselo, diciéndoles simplemente que la casa se llenó de una alegría sincera y que la tierna esperanza de Meg se realizó, pues Beth, al despertar de su largo sueño reparador, lo primero que vio fue la rosa blanca y el querido rostro maternal.

¡Qué jornada siguió más deliciosa! Si deslumbrador y alegre estaba el exterior, donde el sol parecía saludar a las primeras nieves, apacible y serena estaba la casa, reposando tranquila después de las dolorosas horas. Meg y Jo, con los párpados cerrados, descansaban en sus lechos como dos naves que han sido batidas por la tempestad y que al fin han encontrado un puerto. La señora March se había instalado en un inmenso sillón junto a Beth, despertándose multitud de veces para



mirar y tocar a la niña con la misma ansiedad que el avaro que ha recuperado su tesoro máspreciado.

Pasaron unas semanas más. Los enfermos se iban reponiendo rápidamente y la señora March comenzaba a hablar de estar todos juntos para el nuevo año que se aproximaba. A Beth la dieron permiso para permanecer durante el día sobre el diván del salón, donde jugaba con sus queridos gatitos o con las muñecas. Sus piernas estaban aún débiles y Jo la acompañaba todos los días a dar un paseo alrededor de la casa. Meg era dichosa ennegreciendo sus blancas manos al preparar succulentos platos para la hermanita convaleciente.

Navidad se aproximaba y los acontecimientos acostumbrados comenzaban a animar la casa. Jo proponía continuamente a los suyos locas ceremonias totalmente imposibles y absurdas, en su deseo de celebrar aquellas fiestas navideñas con un relieve extraordinario. Laurie estaba igualmente desprovisto de todo sentido práctico y sólo hablaba de fuentes luminosas, arcos de triunfo y fuegos artificiales. Después de muchas escaramuzas y discusiones, la pareja ambiciosa se consideró definitivamente vencida y optó por retirarse abatida, aunque sus ocultas explosiones de risa venían a demostrar lo contrario.

Vinieron unos días de temperatura deliciosa que hacían prever una magnífica Navidad. Hannah, según decía ella misma, sintió dentro de sí el presagio de que en aquellas fiestas de tiempo espléndido iba a ocurrir un importante acontecimiento. Para comenzar, los hechos parecieron darle la razón. El señor March escribió diciendo que pronto se reuniría con los suyos; a partir de aquel momento, Beth se encontró maravillosamente bien y toda la familia acudió a la ventana para ver pasar a Jo y Laurie, vistiendo ella un precioso vestido de lana roja que le había regalado su mamá.

Al otro día en el jardín sonreía una preciosa niña jugando con la nieve. Tenía en una mano un cestillo de frutas y flores







y en la otra unos papeles de música; un magnífico chal de Persia color azul cielo cubría sus delicados hombros y de sus labios salía un dulce villancico navideño.

—Soy tan feliz, que si viniera papá no creo que podría soportar tanta dicha —dijo la niña suspirando dulcemente.

—También yo —aseguró Jo, acariciando en su bolsillo la obra "Undine y Sintram", tanto tiempo deseada.

—Digo otro tanto —afirmó Amy, contemplando embelesada el hermoso cuadro del Niño Jesús y la Virgen María que le había regalado su mamá.

—Y yo también —gritó Meg, admirando los pliegues impecables de su primer vestido de seda, regalo del señor Laurence.

—¿Cómo podría ser yo de otro parecer? —dijo la señora March con emoción. Sus ojos fueron de la carta de su esposo al rostro resplandeciente de Beth, mientras su mano acariciaba el broche que contenía cabellos grises, rubios, castaños y negros, colocados por sus hijas en la joya.

Llevarían media hora las cuatro hermanas y la madre comentando los motivos de su felicidad, cuando Laurie abrió la puerta del salón y asomó la cabeza con muchas precauciones. Quizás tenía pensado dar un salto aparatoso o lanzar el grito de guerra de los indios. La verdad es que su cara le traicionó y su voz tuvo una mezcla de excitación y alegría cuando anunció con tembloroso acento:

—Otro regalo para la familia March...

En el mismo instante de terminar la frase, el muchacho se hizo a un lado y apareció un hombre de elevada estatura, embozado hasta los ojos y apoyado en el brazo de otro señor que parecía querer decir algo. Aquello se convirtió en una algarabía innarrable y durante algunos minutos todo el mundo realizó las más extrañas cosas. El señor March casi fue derribado por cuatro pares de amantes brazos. Jo se avergonzó

de su desordenada explosión de júbilo; la digna Amy cayó al suelo al tropezar con un taburete y desde allí abrazó llorando las piernas de su padre. La señora March fue la primera en recobrar la razón e hizo un signo de advertencia.

—¡Atiende a Beth!

Mas en aquel momento la niña convaleciente pareció sacar fuerzas de flaqueza y apartando a sus hermanas se encaramó a los brazos de su padre. Lo que podía ocurrir después, ya poco importaba. Todos los corazones se desbordaron con una ola de inmensa alegría que arrastró para siempre las tristezas pasadas y sólo dejó la hermosa realidad de aquel momento.

Un incidente muy poco romántico provocó la risa general y tuvo la virtud de disipar la tensión del momento. Sucedió que la buena Hannah salió de la cocina apuradísima persiguiendo al grueso pavo destinado a la cena navideña.

La familia March celebró la más dichosa Navidad de su vida. El pavo estaba tentador cuando Hannah lo presentó sobre la mesa, relleno y decorado artísticamente. También el pudding estuvo delicioso y el helado, que Amy saboreaba como una mosca en un tarro de miel... Todo salió perfecto.

—Y eso que estaba tan emocionada —declaró Hannah—, que es un milagro que no me haya puesto a asar el pudding y a rellenar de pasas el pavo.

Laurie había propuesto un paseo en trineo, pero las muchachas no querían oír hablar de abandonar a su padre un momento. Así fue deslizándose la noche sobre aquella familia feliz agrupada alrededor del fuego hogareño.

—Hace justamente un año, lamentábamos la triste Navidad que íbamos a pasar. ¿Recordáis? —preguntó Jo, aprovechando una breve pausa en la animada charla.

—A pesar de todo, ha sido un año bastante bueno —dijo Meg.

—Para mí ha sido penoso —objetó Amy recordando los



tristes días pasados en casa de tía March durante la enfermedad de Beth.

—Para mí ha sido feliz porque has venido tú —susurró Beth al oído de su padre, en cuyas rodillas estaba sentada.

—Mis pequeñas peregrinas —dijo el señor March, reparando sus felices miradas entre los juveniles rostros que le rodeaban—, vuestro camino ha estado lleno de obstáculos, sobre todo al final, pero habéis superado valientemente las dificultades hasta ver que los pesados fardos caían rodando...

—¿Cómo estás al corriente de todo? —se asombró Jo—. ¿Te lo ha contado mamá?

—Del todo no... pero la hierba muestra para dónde sopla el viento y hoy he descubierto muchas cosas.

—¡Dinos qué cosas! —exclamó entusiasmada Meg.

—Aquí tienes una. —Y tomando en la suya la pequeña mano que reposaba sobre el brazo de su sillón, mostró la punta de un dedo, donde la piel era un poco más áspera; otros dos dedos con una pequeña quemadura y la palma ligeramente callosa—. Recuerdo que hace tiempo esta mano era blanca y lisa y objeto de mil cuidados. Entonces era preciosa, mas a mí me parece hoy mucho más bella con esos aparentes defectos, pues encierra una hermosa historia. Habla del sacrificio de la vanidad. Estoy seguro que las costuras hechas con estas manos endurecidas y estos dedos llenos de ampollas durarán mucho más que las otras, ya que cada puntada encierra un tesoro de buena voluntad y de dulzura femenina.

Si Meg había esperado una recompensa por su intenso trabajo, todos sus sueños quedaron realizados con las palabras de su padre y la cálida presión de su mano.

—Papá —musitó Beth al oído del señor March—. Dile algo bonito a Jo... ¡Me ha cuidado tan bien!

—A pesar de su melenita corta, ya no veo en ella al hijo Jo que dejé hace un año, sino a una jovencita que enlaza su





calzado cuidadosamente, no silba ni dice palabras ordinarias, no se tiende sobre las alfombras... Su cara está enflaquecida y pálida, porque ha velado y ha sufrido mucho, mas yo la contemplo con alegría, pues ha adquirido una dulzura maravillosa... No sé si a mi ovejita negra le fue fácil despojarse de su cabellera, pero te aseguro, querida mía, que en todo WASHINGTON no he encontrado una cosa digna de ser comprada con tus gloriosos veinticinco dólares.

Los vivos ojos de Jo se turbaron un instante y sus mejillas tomaron un color rosado a la luz del fuego.

—Ahora a Beth —dijo Amy, que esperaba su turno impaciente.

—Creo que a ella tengo bien poco que decirle y además



no quiero que su timidez la haga escapar de mis brazos —dijo con alegría el señor March. Luego, recordando que había estado a punto de perder a la niña, la estrechó contra su corazón y murmuró a su oído—: ¡Gracias a Dios que te he encontrado sana y salva, corazón mío!

Luego quedó silencioso un momento con su mirada sobre la pequeña Amy, mientras acariciaba sus brillantes cabellos.

—He observado que Amy se ha servido en la mesa los trozos menos buenos, que hace los recados a mamá todas las tardes, que ha cedido su lugar a Meg y que a todos sirve con paciencia y buen humor. También he notado que no se enfada por nada y que con todos se lleva bien. En una palabra: que ha dejado de pensar en ella misma para ser útil a los demás en su noble empeño de modelar su carácter igual que modela las figuritas de arcilla. De todo ello me alegro infinito, pues si un día me gustaría tener una bella estatua salida de sus manos, mucho más desearía tener una encantadora hija, querida por todos los que la rodean.

—¿Qué piensas, Beth? —preguntó luego Jo.

—Que ésta es la hora de cantar. Voy a mi sitio...

Y sentándose frente a su pequeño piano, Beth recorrió dulcemente el teclado, al tiempo que su voz cristalina, aquella voz que los suyos creyeron no oír más, inició una bellísima canción navideña.

Los ojos de Jo giraron lentamente en torno del salón y se iluminaron poco a poco ante el dulce espectáculo que se ofrecía ante ellos. ¡Gracias, Dios mío! Toda la familia reunida... ¡Las pequeñas peregrinas habían llegado al final del viaje!



Colección Inmortales

**TITULOS PUBLICADOS**

**Heidi**

**Mujercitas**

**Otra vez Heidi**

**El último Mohicano**

**Tom Sawyer detective**

**Ivanhoe**

**El caballero de Lagardere**

**Marussia**

**La epopeya de Ricardo Corazón de León**











colección **LIBROS  
INMORTALES**